

Por Diego Mazón

Sobre el autor:

Jefe de Sección de España en LA RAZÓN y experto en temas de Defensa.

**31 UN SALTO DE FE**AGO
2011

Tenía 23 años, era mujer y era paracaidista. Quizá me sobra la edad. Simplemente era una mujer paracaidista. También el sexo. Era paracaidista. Con eso basta. Ya es de por sí suficiente carta de presentación. Si alguien un día les dice “soy de la Brigada Paracaidista”, el resto de lo que le acompañe no debería ser más que anecdótico. Ella era. Era porque el pasado 18 de agosto se mató en un ejercicio, haciendo lo que era y a lo que su vocación le impelía. He visto a mil rudos paracaidistas llorar firmes y mirando al cielo de Líbano tras la muerte de seis compañeros; los he visto desgañitarse sin perder el hálito de su ser en un funeral tras otro, y uno entiende entonces la dureza de perder a uno de los suyos pero la grandeza de quien viste un uniforme como ese, consciente de que más allá de la muerte queda otro salto, y que más allá del dolor hay mil saltos que dar por duro que sea.

Tras un desgarrar en el alma como la muerte de uno de los tuyos, es en la unidad donde encuentras el aliento para seguir, en el que está a tu lado, en el que como tú, llora por dentro y mira al siguiente paso con el temblor de la duda, con el temor a la ingrata incertidumbre. El que les manda sabe lo que es eso, sabe que una sensación heladora recorre el espinazo como una serpiente. Quizá por eso no debería sorprenderme el gesto del general **Gómez de Salazar**, pero el caso es que lo hace. Esa noche, después de que una paracaidista muriera, tras el dolor de sus compañeros, la incertidumbre, él se subió a un avión y saltó con ellos. Estaba en juego la moral de la tropa y en sus corazones el recuerdo de la compañera perdida. En el mundo civil rara vez se dan estas demostraciones de compromiso y temo que en el militar se estén perdiendo. El general podía haber dedicado unas emotivas palabras y un recuerdo encendido de lo que supone ser paracaidista. Pero un salto vale más que cualquier arenga. Su salto no devolverá la vida a su subordinada, pero sí la moral a los suyos, y a mi (aunque eso importe poco) la fe en que esos valores tan bien representados en ese gesto traspasen un día los muros de los cuarteles y saquen a la sociedad de la decadencia moral en la que vive.